**Primer Encuentro Internacional de Arte y Pensamiento Animal**

**Título: Mi tío el yaguareté: ¿un manifiesto antiespecista?**

**Ponente: Alejandra Adela González**

*"Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella.*

*Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él”*

*Mijail Bakunin.*

La pregunta que dio origen a esta reflexión fue si el relato *Mi tío el yaguareté* de Joao Guimaraes Rosa[[1]](#footnote-1) podría ser leído en clave antiespecista. Desde este punto de partida, resultó el cruce entre ese cuento y el Manifiesto fundacional del movimiento.

Mi tío el yaguareté[[2]](#footnote-2) es escrito por quien es uno de los renovadores de la lengua portuguesa en su versión brasilera, sobre todo gracias a su monumental Gran Sertón Veredas. El relato se inicia con el arribo de un hombre blanco a la choza de un antiguo cazador de jaguares. Un mestizo que se ha ganado la vida matando a estos animales para vender sus cueros pero que ahora se ha retirado al sertón. Y que responde a las preguntas del citadino a la vez que narra su propia transformación. Podríamos esquematizar esas mutaciones: las que van de una lengua a otra, del portugués al tupí, y del tupi a los gruñidos como idioma del jaguar. De una raza a otra, el hijo de blanco y de india, se blanquea cuando se dedica a la caza depredadora, se vuelve mestizo cuando se interna en el sertón, y definitivamente indio cuando rememora su infancia en la que su madre cría a sus hijos cachorros. También los límites entre ciudad y selva se intersectan: la ciudad entra a la selva, pero el sertón invade la ciudad. Las fronteras se vuelven porosas. Y el nombre del narrador varía según quien lo llame: madre, jaguar, el hombre blanco. Será Bacuriquirepa, Breó, Beróm Toñito, Antonio de Jesús, Toño Tigrero, Macuncozo, Marupiara. Identidades diaspóricas: las de la lengua, las de la raza, las geográficas, los apelativos…Nos centraremos fundamentalmente en una mutación: la que opera entre especies. Nuestro cazador se volverá jaguar, y como tal será cazado. Pero ese proceso se llevará a cabo de modo paulatino, por un cambio en la posición del narrador. Recordará los nombres de todos los jaguares muertos, sus singularidades, sus escondites, sus modos de acorralar a la presa, sus preferencias por el agua o sus modos de trepar los árboles. Ese proceso de particularización hará de cada uno de ellos, un ser a cuyo nombre le corresponden peculiaridades. No pueden ser olvidados por quien les dio muerte. Y la caza se transforma en un ritual que no consiste en matar, sino en un encuentro, en una danza que conjuga la entrega y la distancia. Pero el precio que se paga para entender sus reglas es volverse a la selva, extranjero a la ciudad que solo se maneja con las reglas del intercambio económico para comprender el continuum biótico abiótico de los sertaneros.

Se ha comparado este relato con otra trasmutación de hombre en animal como la presente en La metamorfosis de Franz Kafka. Sin embargo, en este caso, inserto en otra tradición, la bíblica, se trataría del encierro degradante de un hombre, Gregorio Samsa en el cuerpo de un insecto repugnante. Ese otro cuerpo no es un disfraz sino que tiene una lógica propia, enclaustrado en él, Samsa o su conciencia sin cuerpo, muere en ese estuche que encierra su autopercepción. Se trata de un yo cuyo cuerpo ha sido sustraído, y que se encuentra enclaustrado en un materialidad animal como instancia degradante. Así no toda transformación de humanos en animales se inscribe en una perspectiva antiespecista.

Desde la tradición de Atenas, la animalidad (más que los animales) son considerados (*peri physeos)* por naturaleza inferiores, dado que no tienen la memoria que permitiría acumular experiencia y así acceder a los grados del saber: *teckné*, *episteme* y *filosofía.* Su irracionalidad los condena a convertirse en instrumentos vivos ( del mismo modo que los esclavos). En la perspectiva bíblica, han sido creados para el usufructo del hombre, único ser constituido a imagen y semejanza de Dios. En la modernidad, Descartes sostiene que los cuerpos animales no son más que formas mecánicas que incluso producen sonidos al ser golpeados pero no sufren dolor alguno, quitándoles toda capacidad ya no solo racional sino sintiente. Este sería el itinerario de un especismo histórico completamente naturalizado.

Por otra parte, especismo es un término propuesto por el psicólogo inglés Richard Ryder[[3]](#footnote-3) en los años 70, que definió la noción de dolorismo (painism) para definir la sensibilidad frente al dolor que implicaría una condición moral suficiente para que los animales fueran considerados personas no humanas. Su paso por laboratorios donde se usaban cobayos y variadas especies en experimentaciones que sólo podrían considerarse crueles, lo condujo a convertirse en uno de los líderes de la defensa de los animales.

El Manifiesto Antiespecista (2014) destaca que el especismo es previo a toda otra categoría discrminatoria, con las cuales de todos modos, entra en relación de interseccionalidad el racismo, el sexismo, el clasismo. Tendría un carácter primero como condición necesaria del resto de las ideologías discriminatorias. Se esgrimen ciertas críticas contra este especismo vinculado a un veganismo blanco basado en principios liberales como el de autodefensa, el de proporcionalidad, de mínimo daño, de justicia distributiva y de justicia restaurativa con lo que queda vinculado a un preservacionismo paternalista. En esta concepción, la naturaleza es considerada como benigna y corresponde a la racionalidad occidental orientar un proceso de explotación no depredatoria y de amable consideración hacia todo ser vivo solo por ser sintiente.

Hay antiespecismos más radicales, donde la condición misma del antropocentrismo sería cuestionada. No se trataría tan solo de desestimar la superioridad de una especie sobre otra, sino de cuestionar la definición misma de especie. Por supuesto queda el problema de la definición de personas y de personas no humanas. Y todas las cuestiones que el concepto mismo de persona con su carga teológica y su fundamentación jurídica en los digestos romanos dejan que desear para fundamentar una teoría antiespecista. Esta noción tan criticada por Simone Weil solo permite la atribución de la categoría de personas en una teoría aún liberal donde los derechos adquiridos pueden seguir sumándose sin que impliquen obligatoriedad, porque se trata de sustancias aisladas sin lazo.

No es a estas posiciones animalistas o antiespecistas a las que se puede acudir para pensar el texto de Guimaraes. Nuestra propuesta es destacar en el relato los elementos que se vincularían con una continuidad entre las especies. Un ser que oscila entre jaguar y hombre, jaguares que asumen posiciones éticas, pasionales y que deciden sus acciones. Lenguas intraducibles entre sí que disuelven la diferencia entre phoné y logos ya planteada por Aristóteles, donde del lado de la animalidad también quedaban mujeres, extranjeros, niños y esclavos. Quizás sea necesario considerar el concepto de antropofagia propio del modernismo brasileño. Oriundo de la Revista Antropofagia acuñada por Oswaldo Costa en los años 20, un antiespecismo antropofágico, que se devore toda la cultura occidental, con su patriarcado heterosexual racista y antropocéntrico, y a partir de allí elabore algo nuevo. Ese concepto, retomado por el tropicalismo de los años 60, retoma un apelativo el de antropófago con el que durante la conquista se justificó el exterminio de las comunidades originarias. El modernismo y luego el movimiento tropicalista devuelven ese concepto, devorado, masticado, como una caracterización que los identifica: si los tupinambaes fueron perseguidos por su condición de cazadores caníbales, los brasileños todos se vuelven antropófagos con la cultura que pretende someterlos a la servidumbre. La antropofagia se convierte así en un modo de ingesta de la cultura invasora que expresa una identidad local, hecha de mezclas y traducciones, y que asume la forma violenta en que fue constituida.

De este modo, animales que comen hombres, hombres que devoran indistintamente animales de todas las especies, depredadores munidos de armas construidas por la civilización son modos de acabar con una perspectiva jerárquica de la vida, en el texto que analizamos. Si todo se trata de “una fiesta de comer y beber”, habrá que abandonar la moderna y eurocentrada idea de sujeto ligados a objetos por la representación o por la intuición. Y también una formulación moralista acerca del cuidado que los hombre deberían dar a la casa que habitamos, que incluiría a estos seres menores a los que no habría que torturar para que cumplan con su función de servicio. Dejada de lado tal mediación, tal vez pueda pensarse el antiespecismo de Mi tío el yaguareté en la línea del perspectivismo amerindio tal como lo describe Eduardo Viveiros de Castro. Antes que nada, un paseo peligroso por la selva, porque la soledad puede significar quedar atrapado en la mirada del otro. No se trata de los ojos sometidos de un ciervo amedrentado, sino de la potencia de una mirada que puede atraversarnos hasta convertirnos en ciervos, o búhos o halcones como los brujos chamanes que lograban transformarse en animales, pero que a veces bajo esas formas no querían regresar al lugar humano.

Un antiespecismo radical ni liberal, ni occidental, ni paternalista, ni proteccionista, ni blanco, ni ecologista. Una ontología que termine transformando todo lo biótico y abiótico en un único circuito que no admite la posibilidad de entes superiores a otros y cuya lógica es la persistencia vital.

El “yo jaguaricé” del narrador da cuenta de esa mutación, de ese ir y venir de una forma corporal a otro de un mismo espíritu, que habita cuerpos de sexualidades, lenguas, nombres o formas distintas. ¿Cuáles de esas capacidades o potencias justificarían una sola de las torturas, esclavismos o encierros a las que las especies que se autoconsideran superiores condena a los inferiores, e incluso a quienes aún teniendo figura humana, se clasifica como irracionales o insensibles para justificar su reducción a la servidumbre? ¿Cuáles de esas condiciones, justificarían incluso someter lo animal que habita al burgués dividido entre su cuerpo atravesado por sus inclinaciones, deseos y pasiones, y su racionalidad universal que lo vuelve humano en una comunidad de escritores kantiana?

No es un antiespecismo individualista, sensocéntrico, o dolorista que hace foco en el dolor como línea fronteriza que hace individuo a cualquier ente irracional solo por el hecho de padecer, o que eleva de categoría a los devaluados sentidos como reemplazo de la racionalidad como criterio de demarcación, no son ellos, los que pueden explicar la trasmutación subversiva del cazador mestizo. No es ésa la perspectiva del antiespecismo que encontramos en Mi tio el yaguarete. Claro que los animales sufren y se alegran, se apasionan, tienen posiciones éticas y aún autoconciencia, pero las identidades no están fijas. Un antiespecismo mucho más radical aún acaba con la idea misma de división entre humano y animal. No se trata de borrar fronteras sino de abolir sustancias, ningún dualismo, solo relaciones, de las que son responsables quienes hacen lazo y devienen seres por el hecho de estar con otros. Solo la relación interpela pero no confirma quienes somos sino que lo pone en duda, no solo al nivel de la animalidad, sino de las plantas, o de las aguas y las piedras. El propio narrador se vuelve gruñido y cazador cazado en una historia que no tiene fin.

**Bibliografía**

Guimaraes Rosa, J. (2002) *Campo general y otros relatos*. México: FCE.

*Manifiesto Antiespecista* (2014)

Ryder, R. (1975) *Victims of Science*

(2000) *Animal Revolution: Changing Attitudes Towards Speciesism*

(2001) *Painism: A Modern Morality*

(2006) *Putting Morality Back into Politics*

Arens, William.(1979) *The Man-eating Mith Anthropology and Anthrophagy*. New York: Oxford U.P.

Kafka, F. (2011) *La metamorfosis*. Madrid: Alianza.

Viveiros de Castro, E. (2010) *Metafísicas Caníbales*. Madrid: Katz

Viveiros de Castro, E. (2013) *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Deleuze Gilles y Guatarí Felix. (1985) *El Antiedipo*. Buenos Aires, Madrid, 1985.

Las ponencias deberán tener en cuenta la siguiente normativa: estilo de autor y año

[Autor (año) Título. Ciudad: Editorial] para las citas y nota al pie sólo para comentarios.

Se consignará la bibliografía citada en el trabajo.

No deberá exceder las 8 carillas, tipografía Times New Roman tamaño 12, interlineado

1,5, hoja A4, con márgenes superior e inferior de 2,5 cm, e izquierdo y derecho de 3,5

cm. Formato del archivo: Winword doc, docx ó rtf.

Fecha final para la entrega: 17 de junio de 2019.

Todo contacto y el envío de resúmenes y trabajos completos se harán a través de la

dirección electrónica de las jornadas:

1encuentroanimalidad@gmail.com

1. Joao Guimaraes Rosa nacido en Minas Gerais en 1908, muerto en Río de Janeiro en 1967. Es considerado uno de los autores emblemáticos de la literatura de Brasil y constructor de un portugués propio de la región, propulsor del modernismo, y marca del neobarroco brasileño regionalista. Cf. Rubén Bareiro Saguier en Encuentro de Culturas, Emir Rodriguez Monegal, Rupturas de la tradición, Severo Sarduy, El Barroco y el Neobarroco, Jorge Enrique Adoum,n El realismo de la otra realidad, Haroldo de Campos en El lenguaje de la literatura, Amétrica Latian en su literatura, (1972) Mexico, Siglo XXI. Luz Angela Matínez,(2009) Barroco y neobarroco. Del descentramiento del mundo a la carnavalización del enigma. Chile, Editorial Universitaria. Champi Irlemar, Barroco y modernidad. (2000) México, FCE. [↑](#footnote-ref-1)
2. Guimaraes Rosa, Joao. (2002) Campo general y otros relatos. México, FCE. [↑](#footnote-ref-2)
3. Richard Ryder psicólogo inglés miembro del Partido Liberal Demócrata, es autor de ¨Victims of Science¨ (1975), ¨Animal Revolution: Changing Attitudes Towards Speciesism¨ (2000) ¨Painism: A Modern Morality¨ (2001), y ¨Putting Morality Back into Politics¨ (2006). [↑](#footnote-ref-3)